

EL "SHOCK" DEL FUTURO

En el libro de Alvin Toffler "El shock del futuro" cuya traducción en castellano ha aparecido recientemente aparecen unos textos sobre la arquitectura del futuro que nos ha parecido interesante publicar. Cortesía de Plaza & Janés.

DESAPARECE UN SUPERMERCADO

La tendencia a la transitoriedad se manifiesta incluso en la arquitectura, precisamente esta parte del medio físico que, año a año, contribuyó como ninguna otra al sentido de permanencia del hombre. Derribamos los hitos. Demolemos calles y ciudades enteras para levantar otras nuevas a velocidad de vértigo.

"La duración media de las viviendas ha menguado continuamente —escribe E.F. Carter, del Instituto de Investigación de Stanford—, desde que era virtualmente infinita, en los tiempos de las cavernas... hasta el siglo aproximado de las casas construidas en la época colonial de los Estados Unidos, y los cuarenta años que suelen durar las actuales." Y Michael Wood, escritor inglés, observa: "El americano... construyó su mundo ayer, y sabe perfectamente lo frágil y variable que es. Hay edificios, en Nueva York, que desaparecen literalmente de la noche a la mañana, y el aspecto de una ciudad puede cambiar completamente en un año."

El novelista Louis Auchincloss se queja amargamente del "horror de vivir en Nueva York, que es como vivir en una ciudad sin historia... Ocho antepasados míos vivieron en la ciudad... y sólo una de las casas en que vivieron... permanece en pie. A esto me refiero al hablar del pasado que se desvanece". Los neoyorquinos de menos solera, cuyos antepasados llegaron a América más recientemente, procedentes de los barrios de Puerto Rico, de los pueblos de la Europa oriental o de las plantaciones del Sur, tal vez expresarían sus sentimientos de un modo completamente distinto. Sin embargo, el "pasado que se desvanece" es un fenómeno real, que probablemente se extenderá mucho más, sumergiendo incluso muchas ciudades europeas cargadas de historia.

Buckminster Fuller, el dibujante-filósofo, definió una vez Nueva York como "un proceso evolutivo continuo de evacuaciones, demoliciones, traslados, desocupaciones temporales, nuevas instalaciones, y así sucesivamente. Este proceso es idéntico, en principio, a la rotación anual de las cosechas en una hacienda: labranza, plantación de nueva semilla, recolección, nueva arada y siembra de un grano distinto... Muchas personas consideran las obras de construcción que bloquean las calles de Nueva York... como molestias temporales que pronto desaparecerán en una paz estática. Todavía consideran normal la permanencia, secuela de la visión newtoniana del universo. Pero los que han vivido en y con Nueva York desde principios de siglo, lo han hecho, literalmente, con la relatividad einsteiniana".

Una experiencia personal me obligó a reconocer que los niños absorben, efectivamente, esta "relatividad einsteiniana". Hace algún tiempo, mi esposa envió a mi hija, a la sazón de doce años, a un supermercado instalado a pocas manzanas de nuestro piso de Manhattan. Nuestra hija había estado allí sólo una o dos veces. Media hora más tarde, regresó, perpleja. "Deben de haberlo derribado —dijo—, pues no he podido encontrarlo". No había sido así. Sólo había ocurrido que Karen, nueva en el barrio, se había equivocado de manzana. Pero es una hija de la Era de la Transitoriedad, y su presunción inmediata —derribo y reconstrucción del edificio— era natural en una niña de doce años, criada en los Estados Unidos y en esta época. Sin duda tal idea no se le habría ocurrido jamás a un niño de hace medio siglo al enfrentarse con una situación parecida. El medio físico era entonces más duradero, y nuestros lazos con él, menos efímeros.

ECONOMIA DE LA IMPERMANENCIA

En el pasado, la permanencia era lo ideal. Tanto si se empleaban en la confección a mano de un par de zapatos, como si se aplicaban a la construcción de una catedral, todas las energías creadoras y productoras del hombre se encaminaban a aumentar hasta el máximo la duración del producto. El hombre construía cosas para que durasen. Tenía que hacerlo. Como la sociedad en que vivía era relativamente inmutable, cada objeto tenía una función claramente definida, y la lógica económica imponía una política de permanencia. Aunque tuviesen que ser remendados, de vez en cuando, los zapatos que costaban cincuenta dólares y duraban diez años, resultaban menos caros que los que costaban diez dólares y duraban sólo un año.

Sin embargo, al acelerarse el ritmo general de cambio en la sociedad, la economía de permanencia es —y debe ser— sustituida por la economía de transitoriedad.

En primer lugar, la tecnología progresiva tiende a rebajar el costo de fabricación mucho más rápidamente que el costo de reparación. Aquella, es automática; ésta, sigue siendo, en gran parte, una operación manual. Esto significa que, con frecuencia, resulta más barato sustituir que reparar. Es económicamente sensato confeccionar objetos baratos, irreparables, que se tiran una vez usados, aunque puedan no durar tanto como los objetos reparables.

Segundo: los avances de la tecnología permiten mejorar el objeto con el paso del tiempo. La computadora de la segunda generación es mejor que la de la primera y peor que la de la tercera. Como cabe prever ulteriores avances tecnológicos, nuevas mejoras a intervalos cada vez más breves, muchas veces resulta lógico, económicamente, construir para un plazo breve, más que para un plazo largo. David Lewis, arquitecto y urbanista de "Urban Design Associates", de Pittsburgh, habla de ciertas casas de apartamentos de Miami que son derribadas a los diez años de su construcción. Los perfeccionados sistemas de acondicionamiento de aire en edificios más nuevos perjudican la rentabilidad de estas casas "viejas". Considerados todos los factores, resulta más barato derribar estos edificios de diez años que repararlos.

Tercero: al acelerarse el cambio y afectar, cada vez, a sectores más remotos de la

sociedad, aumenta también la incertidumbre sobre las necesidades futuras. Reconocida la inevitabilidad del cambio, pero sin saber con certeza las exigencias que nos planteará, vacilamos en destinar grandes recursos a unos objetos fijados rígidamente y encaminados a servir objetivos inmutables. Para evitar compromisos con formas y funciones fijas, construimos para un uso a corto plazo, o bien, alternativamente, procuramos hacer productos adaptables. "Jugamos sobre seguro", tecnológicamente hablando.

El aumento de disponibilidad —la difusión de la cultura de un solo uso— es una reacción a estas fuertes presiones. Al acelerarse el cambio y aumentar la complejidad, cabe esperar una mayor difusión del principio de disponibilidad y una mayor reducción de las relaciones del hombre con las cosas.

CAMPOS DE JUEGO PORTATILES

Además de la disponibilidad, hay otras reacciones que producen el mismo efecto psicológico. Por ejemplo, presenciamos ahora la creación en gran escala de objetos destinados a cumplir series de objetivos a corto plazo, en vez de uno solo. No son artículos para tirarse después de usados. En general, son demasiado grandes y caros para echarlos por la borda. Pero están construidos de modo que en caso necesario puedan ser desmontados y readaptados después de su empleo.

Así, la junta de educación de Los Angeles resolvió que, en el futuro, un 25 por ciento de las aulas serán estructuras temporales, susceptibles de ser trasladadas de un lado a otro si así conviene. En todos los distritos docentes importantes de los Estados Unidos, existen actualmente algunas aulas temporales. Y se están construyendo otras. En realidad, las aulas temporales son a la industria de construcción escolar lo que los trajes de papel a la industria del vestido: atisbos del futuro.

El objeto de las aulas temporales es ayudar a los sistemas docentes a hacer frente a las rápidamente cambiantes densidades de población. Pero las aulas temporales, como los vestidos que se tiran después de usados, implican unas relaciones hombre-cosa menos duraderas que en el pasado. Así, el aula temporal explica algo, incluso en ausencia del maestro. Como la muñeca "Barbie", da a los niños una elocuente lección de impermanencia del medio. En cuanto el niño se forma un conocimiento completo del aula —su manera de adaptarse a la arquitectura circundante, el tacto de los pupitres en un día caluroso, el modo de resonar de los ruidos, todos los sutiles olores y texturas que individualizan una estructura y le confieren realidad—, la propia estructura puede ser removida de su medio para servir a otros niños en otro lugar.

Las aulas móviles no son un fenómeno exclusivamente americano. En Inglaterra, el arquitecto Cedric Price proyectó lo que denomina un "cinturón de pensamiento", una universidad completamente móvil, destinada a servir a 20.000 estudiantes en North Staffordshire. "Dispondrá —dice— de construcciones temporales, más que permanentes." Utilizará, en gran medida, "recintos físicos variables y móviles"; por ejemplo, clases instaladas en autocares, de modo que puedan desplazarse a lo largo de un campus de cuatro millas.

Cúpulas geodésicas para exposiciones; ampollas de plástico hinchables con aire, para ser empleadas como puestos de mando u oficinas de construcción; toda una serie de estructuras temporales de quita y pon surgen en grandes cantidades de los tableros de los ingenieros y los arquitectos. En la ciudad de Nueva York, el Departamento de Parques resolvió construir doce "campos de juego portátiles", pequeños campos provisionales para ser instalados en solares sin edificar de la ciudad, hasta que éstos sean destinados a otro uso, momento en que los campos serán desmontados y trasladados a otra parte. Hubo un tiempo en que el campo de juego era un elemento bastante permanente del vecindario, donde los hijos de uno, e incluso, quizás, los hijos de estos hijos, podían, sucesivamente, hacer iguales experiencias. En cambio, los campos de juego superindustriales se niegan a estar quietos. Son premeditadamente temporales.

EL "PALACIO DE LA RISA" MODULAR

La reducción de la duración de las relaciones hombre-cosa, debida a la proliferación de los artículos para ser usados una sola vez y de las estructuras temporales, es intensificada por la rápida difusión del "modularismo". El modularismo puede definirse como el intento de dar permanencia a las estructuras de conjunto, a costa de hacer menos permanentes las subestructuras. Así, el plan del "cinturón de pensamiento" de Cedric Price propone que los departamentos de profesores y estudiantes consistan en módulos de acero, susceptibles de ser elevados con una grúa y adaptados a la armazón del edificio. Esta armazón se convierte en la única parte relativamente permanente de la estructura. Los módulos de los departamentos pueden ser variados según las necesidades, o incluso, en teoría, completamente desecharlos y sustituirlos.

A este respecto, hay que recalcar que, desde el punto de vista de la duración de las relaciones, la distinción entre disponibilidad y movilidad es muy tenue. Incluso cuando los módulos no son desecharlos, sino sólo dispuestos de otro modo, el resultado es una nueva configuración, una nueva entidad. Es como si una estructura física hubiese sido realmente destruida y se hubiese creado otra nueva, aunque algunos de sus componentes sigan siendo los mismos.

Incluso muchos edificios presuntamente "permanentes" se construyen, hoy, sobre un plano modular, de manera que las paredes y tabiques interiores puedan cambiarse a voluntad, obteniendo una nueva configuración del interior.

Ciertamente, el tabique móvil puede servir de símbolo de la sociedad transitoria. En la actualidad, es casi imposible entrar en una gran oficina sin tropezar con un equipo de obreros que trasladan mesas de un lado a otro y redistribuyen el espacio interior, alterando su compartimentación. En Suecia, el modularismo ha alcanzado recientemente un nuevo triunfo: en una casa modelo de apartamentos de Upsala, todas las paredes y tabiques son móviles. El inquilino sólo necesita un destornillador para transformar por completo su vivienda, para crear, en efecto, un nuevo apartamento.

Uno de los ejemplos más extremados de arquitectura seguidora de estos principios fue el plan propuesto por la empresario teatral inglesa Joan Littlewood, con la ayuda de Frank Newby, ingeniero estructural, Gordon Park, asesor de sistemas, y Cedric Price, el arquitecto del "cinturón de pensamiento".

Miss Littlewood quería un teatro en que la variedad pudiese llegar al máximo, en que pudiera presentar cualquier cosa, desde una comedia corriente a una asamblea política, desde una exhibición de danza hasta un combate de lucha libre... y, a ser posible, todo al mismo tiempo. Quería, como dijo el crítico Reyner Banham, una "zona de probabilidad total". Resultado de ello fue un plan fantástico de "Palacio de la Risa", conocido también por "Primer gran espacio móvil del mundo". Este plan no requiere un edificio apto para muchos fines, sino lo que es, en realidad, un Mecano de tamaño más que natural, una colección de partes modulares que pueden ser combinadas en una variedad casi infinita de conjuntos. Unas torres verticales más o menos "permanentes" albergan los diversos servicios –como los servicios sanitarios y las unidades electrónicas de control– y están rematadas por grandes grúas que sitúan los módulos en posición y los juntan en la forma temporal que se desea. Después de la velada, las grúas desmontan la sala, los escenarios y los restaurantes, y guardan las piezas en su sitio.

Véase la descripción de Reyner Banham: "...el "Palacio de la Risa" es una pieza de equipo urbano que durará diez años... Diariamente, esta gigantesca máquina neofuturista removerá y readaptará sus partes móviles: paredes y suelos, rampas y pasadizos, escaleras mecánicas, asientos y techos, escenarios y pantallas, sistemas de luz y de sonido; a veces, con sólo una pequeña parte entre paredes, pero con el público discurriendo por los pasillos y escaleras descubiertos apretando botones para que las cosas se produzcan por sí solas.

"Cuando esto ocurra (y está escrito que ocurrirá muy pronto, en alguna parte), será como la indeterminación elevada a una nueva potencia: ningún espacio interior monumental, ninguna silueta heróica recortándose contra el cielo, sobrevivirán para la posteridad... Pues los únicos elementos permanentemente visibles del "Palacio de la Risa" serán los de la estructura "de apoyo" a la que se aferrará la arquitectura transitoria".

Los partidarios de la llamada arquitectura "plug-in", o "clip-on", han llegado a proyectar ciudades enteras fundadas en la idea de "arquitectura transitoria". Ampliando los conceptos en que se basa el "Palacio de la Risa", proponen la construcción de diferentes tipos de módulos a los que se asignarían diferentes

expectativas de vida. Así, el núcleo de un "edificio" podría concebirse para durar veinticinco años, mientras que los módulos de la habitación "plug-in" tendrían prevista una duración de sólo tres. Dando rienda suelta a su imaginación, han concebido rascacielos móviles, que no se apoyarían en cimientos fijos, sino en gigantescas máquinas que harían "las veces de suelo". El colmo lo constituye una completa aglomeración urbana sin posición fija, flotando en un colchón de aire, alimentada por energía nuclear y cambiando de forma interior incluso con más rapidez que la actual Nueva York.

Tanto si estas visiones llegan a convertirse en realidad como si no, lo cierto es que la sociedad se mueve en esta dirección. La extensión de la cultura de tírese-después-de-usado, la creación de más y más estructuras temporales, la difusión del modularismo, progresan regularmente, y todas ellas tienden al mismo fin psicológico: la "efimerización" de los lazos del hombre con las cosas que le rodean.

LA REVOLUCION DEL ALQUILER

Otro fenómeno altera drásticamente el nexo hombre-cosa: la revolución del alquiler. La difusión del alquiler, característica de las sociedades que corren hacia la superindustrialización, está íntimamente relacionada con todas las tendencias expresadas. La relación entre los coches "Hertz", los pañales para un solo uso y el "Palacio de la Risa" de Joan Littlewood puede parecer oscura a primera vista, pero un estudio más atento revela grandes similitudes internas. Pues el sistema de alquileres intensifica también la transitoriedad.

Durante la depresión, cuando existían millones de personas sin trabajo y sin hogar, el anhelo de tener casa propia era una de las más poderosas motivaciones económicas de las sociedades capitalistas. Actualmente, en los Estados Unidos, el deseo de una casa propia es aún intenso, pero desde que terminó la II Guerra Mundial aumentó continuamente el porcentaje de viviendas nuevas para ser alquiladas. En 1955, los apartamentos de alquiler representaban solamente el 8 por ciento de las nuevas viviendas. En 1961, alcanzaron el 24 por ciento. En 1969, por primera vez en los Estados Unidos, se concedió un mayor número de permisos para casas de apartamentos que para la construcción de viviendas en propiedad. Por diversas razones, la vida en apartamentos es "in". Y son particularmente los jóvenes quienes, según dice el profesor Burnham Kelly, quieren "los menores compromisos en materia de vivienda".

Un menor compromiso es, precisamente, lo que consiguen los usuarios de productos que se emplean una sola vez. Las estructuras temporales y los componentes modulares tienden a este mismo fin. El apego al apartamento de alquiler es, casi por definición, más breve que el de un propietario por su casa. De este modo, la tendencia al alquiler de la vivienda subraya la preferencia por una relación cada vez más breve con el medio físico que nos rodea.

FOTO: ALBERT FONT

